

¿quién iba á sostenernos á mí y á mi familia desde allí para en adelante?

Todas estas preguntas me las iba haciendo yo mismo cuando iba caballero en mi mal potranco por aquellos arenales, en donde se habian hundido las ruedas de los carruages que llevaban á los que á mi me parecian grandes potestades.

Pero de todas esas preguntas me burlé yo mismo tambien cuando alzando los hombros, cogiendo fuertemente ambos estribos y espoleando mi cabalgadura empecé á galopar diciendo para mis adentros:

¡Que diablos! yo soy un patriota como otro cualquiera que se va huyendo de los franceses, si Señor, yo me voy huyendo por que sí, pues maldito el caso que me harian si me encontraran por las calles.

A poco agregué con una cachaza que despues se fué pronunciando mas en mi carácter:

—Soy un político, vamos, este es el primer paso que doy en la divertida senda de la política. ¡Adelante

CAPITULO II.

PRIMEROS DESENGAÑOS.

El General en Jefe se detuvo en Zapotlán y allí se detuvieron tambien tanto las tropas como los políticos que en el mayor desorden habian verificado aquella retirada. Hasta despues, y eso porque no todos podian mantenerse en una sola poblacion, fué repartida la gente en Sayula, San Gabriel y demas pueblos inmediatos.

Nuestra pequeña caravana, compuesta de mi reducida familia, mi mujer, un hermano político y yo, fuimos los últimos seguramenté que llegamos al punto designado por cuartel general. Nos alojamos en la hospitalaria casa de mi amigo de la infancia el Dr. Palomino que acababa tambien de recibirse de médico y de casarse, y cuando fué buena hora al día siguiente, me vestí y salí á la calle.

Al doblar la primera esquina me encontré con un antiguo amigo: acababa éste de dejar una buena colocacion que tenia en la oficina principal de rentas, y lle-

vaba por consiguiente su cinturón muy bien provisto con piezas de oro de todos tamaños. A éste amigo le había yo prestado regulares servicios, entre los que podían contarse el de haberle ayudado eficazmente con mis relaciones á conseguir la colocación que le permitía encontrarse tan desahogado.

Después de haberme abrazado y saludado con las frases más cariñosas, me preguntó:

—¿Para dónde vas tú ahora?

—No lo sé, pude apenas contestarle con cierta turbación.

—Con algún fin debes haberte venido de Guadaluajara.

—Siguiendo el torrente..... en fin, me he salido por no ver allí á los franceses.

—Pero ¿sin tener empleo?

—Aquí es donde vengo á buscarlo; hoy la independencia de México necesita los servicios de sus hijos y yo vengo á ofrecer los míos.

Mi amigo se sonrió con un aire que me produjo calor y luego me preguntó:

—¿Has ofrecido ya tus servicios?

—En sobradas ocasiones, tanto en público como en lo privado.

—Pues hijo, ahora tienes que esperarte hasta que puedan organizarse por aquí el ejército y el gobierno.

—Me aguardaría de buena gana si contara con lo necesario para vivir aquí unos quince días con mi familia; pero temo que los recursos se me agoten.....

—Siempre hay algo que vender.

—No tengo más que unas cuatro malas cabalgaduras, y si las vendo...

—¿Que?

—Después no podré menearme.

—Es desconfiar mucho de la fortuna, ó mejor dicho, de la Providencia.

—Tampoco puedo fiarlo todo á ella.

—De suerte que positivamente no traes dinero?

—¡Ni pisca!

—¡Que diantres!

—¿Que dices?

—Que si yo no viniera también tan limitado....

—¡Ah!... ni como había yo de pedirte un solo peso en ésta situación.... adios!

—Adios.

En esa misma noche mi amigo aquel perdió en los albuces cincuenta onzas de oro, de las cuales pudo recuperar treinta al día siguiente.

Yo me armé de una heroica resolución y me encaminé á la casa que me dijeron ocupaba en la plaza el general en jefe.

—¿El señor general Arteaga? pregunté á su ayudante.

—Pasó mala noche y todavía no se levanta.

Me fuí á dar un paseo y volví después de trascorrir una hora.

—¿El señor general Arteaga?

—Está desayunándose.

Dí un paseo de media hora y volví.

—¿El señor general Arteaga?

—No se le puede hablar, está acordando.

—¿Pudiera Vd. hacerle llegar esta carta?

—Si señor.

La carta decía:

"General: Desde hace tiempo vengo pidiendo aunque sea el último sitio en las filas del Ejército Nacional. D. Santos Degollado me hizo Subteniente y me puso á las órdenes de Contreras Medellín para atacar en su columna la plaza de Guadalajara en premio de que siendo un jovencillo estudiante me habia presentado á ofrecer mis servicios espontáneamente. Tengo mi despacho de sargento de Guardia Nacional firmado por el Sr. Ogazon; he sido oficial en el colegio militar; pero yo no pido sino que se acepten mis servicios en cualquiera línea. He seguido al Ejército y aquí estoy para que se me señale mi puesto desde ahora hasta el día del primer combate."

En el primer combate pensaba distinguirme y hacerme ascender.

Desgraciadamente el acuerdo marginal puesto en mi carta á los tres días, fué este que me pareció el más desconsolador:

—"Dígasele que se le tendrá presente."

El segundo desengaño me hizo derramar la segunda lágrima.

Entonces escribí á Guadalajara, encargando que se pusieran en venta mis muebles, mi reloj de oro, de bolsillo, que era un recuerdo de familia, mis libros que habia logrado reunir á costa de sacrificios inmensos y cuanto en mi modesta casa pudiera representar algun valor. El producto total deberia ser enviado á Colima, en donde me estableceria definitivamente. Esa ciudad no seria ocupada jamas por los franceses, puesto que se encontraba defendida por inexpugnables barrancas y desfiladeros, lo mismo que por valientes

tropas: hab menos desas eran las cueitas alegres que yo me hacia.

Todavía me quedaban en los bolsillos quince ó veinte pesos, que era lo indispensable para los tres días de camino que nos faltaban. Nuestra primera jornada fué á la hermosa y profunda barranca de Atenquique: como bajamos la cuesta ya de noche, veíamos las fogatas que habia en el fondo de la barranca, como se ven las luciérnegas entre el follaje, de tal manera disminuía el tamaño con la enorme distancia que hay que descender.

El cansancio nos hizo entregarnos al sueño tranquilamente, por mas que los jacales aquellos acabaran de ser saqueados por los ladrones y por mas que supiéramos que todos los alrededores estaban plagados de bandidos.

Por fortuna nuestra en la mañana siguiente alcanzamos á la familia de un general, la cual habia pernocado fuera del camino por temor de ser sorprendida, aunque iba bien escoltada por ocho hombres armados. Llevaban veinte mulas cargadas con dinero y varios bultos de equipage.

Dormimos á la segunda noche en la pintoresca barranca del Platanar, que es mas ancha, mas llena de vegetacion y de pajarillos que cantan admirablemente, aunque menos profunda que la de Atenquique.

La tercera jornada la rendimos á buena hora en Colima.

Nuestra marcha habia sido lenta, penosa y no exenta de sustos, pues ya he dicho que las gavillas de bandoleros comenzaban á multiplicarse con el cebo de

robar á las familias que abandonaban los centros de poblacion.

La visita de la ciudad de Colima me causó una impresion de las más agradables con su jardin Nuñez, con sus huertas de cocos, con sus calles llenas de concurrencia, con su hermoso rio que atraviesa por el centro de la poblacion, con el verde tierno de sus arboledas, con su gótico portal y con sus demás risueñas apariencias.

Todos los hoteles, es decir, los dos que habia entonces, estaban materialmente henchidos de pasajeros, y tuvimos que abrigarnos en la primera casa en que nos dieron posada mientras podiamos establecernos mejor.

Los dias que trascurrieron fueron cuando menos tranquilos. Sacamos un regular producto de la venta de nuestros caballos y pudimos seguir viviendo desahogadamente.

El agua de coco, la tuva, el grato vaiven de la hamaca, los baños á las doce del dia y las demás voluptuosidades que ofrece la tierra caliente, hicieron que se adormecieran, á lo ménos por algunos dias, en el fondo de mi alma, no solo mis propios pesares sino hasta los de la patria que parecia estar sucumbiendo al yugo napoleónico, segun las fatales noticias que diariamente nos llegaban.

Por más que me sintiera ofendido y hasta humillado por los propios míos, no podia menos que sentirme tambien hondamente conmovido con los infortunios de la patria.

Es verdad que nos pasábamos dias muy agradables

en la Albarradita, en la hacienda de la Estancia y en todos los demás preciosos alrededores de Colima; es cierto que sus palmeras nos ofrecian fresca sombra, que nos arrullaba el canto armonioso de millares de pajarillos, que nos encantaba la lozanía de los jazmines, de los plátanos y de los cafetos, que el calor cerraba nuestros párpados cuando nos sentiamos impulsados muellemente sobre las mallas de una perezosa hamaca, que nos encantaban las cascadas de aguas cristalinas, llevando en sus linfas olorosas frutas arrastradas por las corrientes, que donde quiera se nos presentaban panoramas encantadores; pero todo ello era un lenitivo fugaz, pues que siempre en las noches al conversar conmigo, no dejaba de decirme:

—¿Cuál será la falta que estoy compurgando? ¿Por qué cuando tanto he procurado ser un verdadero patriota, se me condena á la inaccion y al indiferentismo?

Y en cada noche de estas me formaba una resolucion que venia á ser desvanecida por el hielo de aquel primer desengaño que todavia se encontraba clavado en mi corazon como si fuera una acerada aguja, como si fuera la más punzante de las espinas.....

¡En fin!